



Ramón Tamames

Catedrático de Estructura

Económica / Cátedra Jean Monnet

Un viaje castellano (I)

Cuando uno estudia geografía en el colegio es fácil aficionarse a la asignatura, una de las de mayor interés si se explica bien, si se practica con viajes y se pasan proyecciones. Así se acaba entendiendo el espacio, inicialmente un tanto mágico. Para lograrse finalmente una imago mundi seguro que diferente delo que inicialmente pensábamos al principio.

Escribo esto a propósito de una descubierta hecha este verano, en medio de los más de noventa millones de turistas extranjeros que al final vamos a recibir en España; más una movilidad de habitantes locales, entre los que nos hemos incluido por solamente por unos días muy intensos.

Con esas anotaciones previas, quiero referir a los lectores de La Razón, de nuestra columna «Planeta Tierra», lo que fue una excursión en redondo por Castilla la Vieja, que decíamos antes. Para ello tomamos como base de salida la estación ferroviaria de Palencia, después de un trayecto primero de Madrid a Segovia con dos túneles que deben sumar más de 40 kilómetros atravesando la Sierra de Guadarrama.

El circuito turístico desde Palencia nos llevará al norte a Molledo, en la Castilla santanderina, patria de Leonardo Torres Quevedo, un ingeniero inventor de muchos artilugios, interesantes, precedentes de la inteligencia artificial como fue el jugador de ajedrez automático. Y también el teleférico más innovador, instalado hace más de cien años, y que sigue funcionando perfectamente como «trasbordador español» que sobrevuela el área de las cataratas del Niágara con la admiración de todos.

Mi viaje dio buena ocasión para pasar varias veces por el Canal de Castilla, vía de navegación desde prácticamente Valladolid hasta Alar del Rey, donde iba a iniciarse el salto de la cordillera cantábrica, para ganar el mar en Santander. Por donde en el siglo XVIII se pensaba dar salida a los cereales de la meseta para la América española. Volveremos al viaje la semana próxima con la continuación.



Ramón Tamames

Catedrático de Estructura

Económica / Cátedra Jean Monnet

Un viaje castellano (II)

Continuamos hoy con el viaje castellano en agosto, y lo hacemos visitando la villa romana de La Olmeda, en el municipio de Pedrosa de La Vega, en las proximidades de Saldaña, provincia de Palencia. Donde tuvimos ocasión de admirar una serie de mosaicos formidables.

A modo de alfombras las teselas se combinan en amplias estancias de una vivienda romanorum de alto nivel de renta, con figuras de animales existentes e imaginarios, del más alto valor pictórico. Una muestra monumental de casi dos mil años, descubierta por el propietario de la finca y luego mecenas, Don Javier Cortés Álvarez de Miranda.

Tras la villa, almorzamos en la casa de un buen amigo en Alar del Rey, con buena calidad de viandas, pero con mucho ruido, un tema a resolver. Y de allí, nos dirigimos a Mollado, con un entorno formidable, de grandes bosques frondosos, mezcla de hayas, encinas, robles, etc. Verdaderos “lugares de cuento” de los hermanos Grimm, donde se perdieron Hansel y Gretel (ferliren sich im wald).

Afortunadamente quedan masas arbóreas exentas de implantaciones de eucaliptos. Que son árboles de excelente madera y sin embargo no estén bien vistos por haber sustituido las antiguas y hermosas florestas cántabras. Lo mismo que pasó en Galicia y Asturias, donde las empresas de la celulosa han invadido amplios territorios para convertirlos en paisajes monótonos y sin su rica fauna anterior.

Parte de nuestro viaje lo hicimos por algunos fragmentos del Camino de Santiago, viendo, entre otras, las más hermosas iglesias en la transición del románico al gótico. Y por allí yantamos en el Villa de Fromista, un restaurante que dirige Doña Erica con su marido y su hijo; constituyendo, por sí solos un atractivo gastronómico de primera: por el lechazo excelente, tal vez el mejor producto elaborado del campo castellano de ayer y hoy.

El próximo viernes terminaremos nuestro recorrido castellano en la mitad del verano, cuando las mieses ya brillan como el oro viejo.



Ramón Tamames

Catedrático de Estructura

Económica / Cátedra Jean Monnet

Una viaje castellano (y III)

En el relato de mi viaje castellano de este verano, al final, ya para coger el tren en Palencia de vuelta para Madrid, tuvimos ocasión de visitar la Villa de Támara, donde los leoneses, en 1036, perdieron la batalla tras la cual fueron absorbidos por Castilla, por primera vez. Luego vendría una nueva separación, y una nueva incorporación definitiva en 1230, con Fernando III el Santo.

León pasó a un segundo plano, aunque todavía en 1492 se dijo aquello de que “por Castilla y por León, nuevo mundo halló Colón”. Con la sorpresa de que hoy, en pleno siglo XXI, los nacionalismos de antaño pretenden que resurja como comunidad autónoma el antiguo Reino de León; que integrarían la provincia de ese mismo nombre, más Zamora y Salamanca.

Es un empeño que creo impracticable, habida cuenta de que conforme a la Constitución de 1978, ya llevamos medio siglo de CC.AA., con una nueva estructura de Estado. Que que en los territorios de Castilla y León tienen su indiscutida capitalidad en Valladolid. Sin que la propuesta de los leoneses vaya a tener mayor incidencia tantos siglos después. Con esas nostalgias, la visita a Támara es interesante: una hermosa iglesia muy bien conservada y calles solitarias de piedras, para otros mil años.

Finalmente pasamos por el pueblo de Torquemada, que nos recuerda en su nombre al primer patrono de la célebre Inquisición Española, previa creación del Papado para vigilar el dogma católico. Introducida que fue después en España por los Reyes Católicos; y que todavía hoy se considera como obra original de Castilla, cuando no lo fue.

Y así termina el viaje castellano estival: entre historias y leyendas, conversaciones y meditaciones, y España vaciada en el invierno y llena en el estío. También paisajes, remembranzas y hospitalidad de excelsos anfitriones como Paloma y Juan. Mi gratitud, amigos de tantos años.